

El secretario general, seguro de su superioridad, dijo sonriendo, mientras aproximaba un sillón á su mesa:

—Acercaos.

## VI

### El ultimatum.

La víctima y el verdugo se contemplaron un instante, agitados por sentimientos contrarios: el secretario general, con la conciencia de su fuerza, revelaba una ironía altanera mezclada con el despecho producido por la resistencia á sus deseos, despidiendo sus ojos los relámpagos de una pasión reconcentrada; Margarita, inquieta, henchido de odio su corazón, preguntábase hasta donde llegaría la audacia de aquel malhechor, dueño de un poder de que abusaba tan cínicamente.

El fué quien rompió el silencio, expresándose con voz imperiosa.

—¿No esperabais verme á ver, es cierto? ¿Creeríais quizá, y no sin alguna razón, que habia naufragado como todo lo demás? Os habéis equivocado. Todavía estoy en pie, más fuerte que antes, y es necesario contar conmigo. ¿Habíais abandonado á París?

—En efecto— respondió Margarita con voz ahogada.

—¿Adónde fuistéis?

—Muy lejos. Con las ambulancias.

—¡Y para qué!

—Para hacerme matar—respondió la joven sencillamente.

—¿Y no lo habéis conseguido?

—Ya veis que no.

—¿Lo sentiréis quizá?

—Mucho.

Roland cambió de tono.

—Sentaos—dijo á la joven, que permanecía en pie delante de él.—Os engañáis acerca de mis sentimientos hacia vos, que no son los que creéis.

—¿No podremos entendernos nunca?—prosiguió después que la joven tomó asiento, y dando á su voz tono de súplica. Os llamo para ofreceros otra vez la paz que rechazáis... Ya os lo he dicho, soy ambicioso... corro tras la fortuna... quiero el poder... Me lo censurasteis bastante en aquel inolvidable día en que, seguro de vuestro desastre, os pedí vuestra mano. Hubiera renunciado á todo por obtenerla. No quisisteis, y volví á París disgustado, herido en el alma, no tardando en saber los rumores propalados por vos ó por causa vuestra, acusándome de vuestra ruina. Seré franco, porque soy bastante poderoso para no tener miedo á la verdad, y os la diré. El despecho que me produjo vuestra negativa, se cambió en furor; pero en furor frío, capaz de calcular. No era ya solamente mi amor lo que se interesaba en aquella lucha, sino mi ambición, mi porvenir, todo cuanto me quedaba habiéndoo perdido. ¿Qué hubieseis hecho en mi lugar? Yo no vacilé; quiero deciroslo todo para que me conozcáis á fondo y sepáis

lo que vale el odio ó la amistad de un hombre como yo.

Al decir esto hizo una pausa. Margarita le escuchaba inmóvil, mirando al suelo.

—Llegasteis á ser un peligro para mí —continuó él,— un obstáculo levantado en mi camino; quise destruir de un sólo golpe el obstáculo y domar á la mujer desdenosa, y me puedo vanagloriar de haberlo conseguido. Ya no os temo, porque estáis condenada á ocultaros, á huir de la luz, á buscar las tinieblas. Habéis creído escapar á mi acción, y os habéis engañado. Os he seguido á todas partes, y podría citaros los sitios adonde ibais, lo que haciais, y, si quisiera, hasta vuestros pensamientos. En este momento estáis desesperada, sin saber adonde volver los ojos, fluctuando entre la vida que os es insoportable, y la muerte, que os espanta. ¿No es verdad?

—Sí.

Roland se aproximó á la joven casi con ternura. Ella se horrorizó; pero no hizo un movimiento para retirarse.

—En el estado en que os hallais—continuó diciendo,—consideraríais como un salvador al hombre que os ofreciera sustraeros al oprobio inmerecido que pesa sobre vos, á la miseria, de que no podéis triunfar por vuestro sólo esfuerzo; tomaros bajo su protección y devolveros la libertad y la dicha perdidas. Y no dudaríais en pagar todo esto con vuestro amor, sin retroceder ante este sacrificio...

Margarita abrió los labios, y haciendo un

esfuerzo, no dijo más que estas palabras:

—¡Tal vez!

—¿Aceptaríais hoy lo que antes habéis rechazado?

—Es posible. ¿Adónde queréis ir á parar?

—A esto. Os amo más que nunca; la suerte, que os ha arrebatado vuestra fortuna, ha duplicado la mia; todo me favorece, y seré el más dichoso de los hombres si queréis. En este instante no tengo más que un deseo: sacaros del abismo en que os he arrojado; devolveros más de lo que habéis perdido, siguiendo mi carrera con la secreta alegría de poseer el bien supremo, sin el que los demás no son nada, el amor: y entre todos los amores, el que más me atrae, el vuestro. He aquí lo que habéis rechazado y lo que os ofrezco todavía.

—¿Y si yo no lo quiero?

—Podéis formar idea del porvenir por el pasado.

Margarita bajó la cabeza para ocultar el relámpago que brilló en sus ojos.

—Si aceptais —siguió diciendo él,— será la paz, el porvenir asegurado, la alianza secreta de dos pensamientos y de dos almas, la unión en el misterio y la confianza en el amor, sin otro lazo que nuestra voluntad. Yo aseguraré vuestra dicha y vos me dejaréis satisfacer mis ambiciones... Si no aceptais, será la guerra sin cuartel entre nosotros.

Seré sincero hasta el fin; nada de reservas entre nosotros. Quiero ser rico, poderoso, y lo seré. Existe una joven que no sabe nada

de su origen ni de su riqueza presente ni futura. Me casaré con ella, pero... puedo decirlo todo, su salud está muy quebrantada y es probable que viva poco, y en tal caso no habré enagenado mi libertad más que para conseguirla y disponer de ella cediendo á la atracción que siento hacia vos. Pero que viva ó que no viva, ¿qué puede importaros, por otra parte? Sabéis que no es ella á quien deseo, que reinareis sola sobre el amante cuyo nombre será de otra mientras que su corazón os pertenecerá por completo. ¿Qué preocupaciones pueden aun existir en vuestro ánimo?

Si conociéseis el mundo tan bien como yo lo conozco, sabríais que muchos siguen ese camino, que muchos poderosos tienen en un rincón de este inmenso París el paraíso que les hace olvidar el infierno del hogar creado por el interés; que se perdona todo á los que todo lo pueden, porque poseen lo que yo persigo ávidamente, lo que quiero y lo que tendré, es decir, el dinero, un nombre temido, y el poder, que asegura la impunidad.

Margarita le escuchaba sin que su rostro revelase la emoción que la embargaba.

Había puesto una de sus manos en un bronce colocado sobre la mesa: Roland se apoderó de ella y la joven no la retiró, paralizada por la osada declaración que acababa de oír.

Por otra parte, conocía la necesidad de disimular, porque las amenazas del secretario la aterraban, haciéndole entrever de

nuevo el Depósito, el interrogatorio, el juez inicuo, las puertas de la inmunda prisión de San Lázaro cerradas detrás de ella...

Quería emplear la astucia, pero no pudo dominar un estremecimiento de cólera al oír la voz del secretario general murmurar á su oído como el innoble Laffemas de *Marrion Delorme*:

—¿Queréis?... ¿quiéres?...

Se contuvo, haciendo un gran esfuerzo, y dijo:

—Dejadme reflexionar.

—¿Tanto trabajo os cuesta?

—¡He sufrido tanto por vuestra causa!

—Yo os haré olvidar el pasado.

—¿Podréis conseguirlo?

—Ya lo vereis.

—Concededme lo que os pido.

—¿Un plazo?

—Sí.

—¿Largo?

—De algunos días.

—¿Cuántos?

—Dos... ¿Es mucho?

—Corriente. ¿Pero puedo esperar?

Margarita suspiró sin responder.

—¿Dónde os veré? — preguntó él de nuevo?

—Aquí.

—Bien. El sábado, á la misma hora.

—Sea.

—Pero no tratareis de huir.

—¿Cómo podría hacerlo sin dinero y sin amigos?

La joven se levantó y Roland, cogiéndola

de la mano, la condujo hasta una puerta oculta donde empezaba una escalera que daba á la calle.

Cuando la puerta se cerró, el secretario lanzó un grito de triunfo.

—¡Al fin!—exclamó.—Esto es un hecho. Es verdaderamente adorable esta pobre Margarita, y soy un favorecido de la suerte... El amor con ella... la fortuna con Blanca Carol. Al menos, una vez dueño de ella, no la temeré, no turbaré más mis sueños; las noticias de la Turena me tendrán sin cuidado. ¡Victoria en toda la línea!

Volvió á la mesa y sacó de un cajón secreto una carta, que á juzgar por las apariencias no debía de ser de fecha reciente, y leyó con aire displicente y desdenguado:

«Querido Roland:

»¡Cuánto os agradezco que robéis algunos instantes á vuestras ocupaciones para ocuparos de una humilde colegiala como yo!... Sin cesar me acuerdo de vos, como el más tierno, el mejor y el más indulgente de los amigos, y os estoy muy reconocida por el interés que demostráis á una pobre niña sin padre, y casi sin madre; porque vos, que conocéis mis más escondidos pensamientos, no ignoráis las dudas que me asaltan sobre el misterio impenetrable de mi nacimiento, causa de mis tristezas, de mi mal humor, y quizás de la pérdida de mi salud.

»Desde que vinisteis, todo ha cambiado para mí. Mi vida tiene ya un objeto: agra-

daros y amaros. ¿Os acordáis de nuestra primera entrevista, bajo los árboles del pequeño jardín de Neuilly, en que nuestros corazones se entendieron, más con el lenguaje de los ojos que con palabras? Desde entonces habéis venido alguna que otra vez, y no he tenido secretos para vos, porque mi alma os pertenece, y mi mayor deseo, mi única ambición es perteneceros siempre.

»Es una locura lo que digo; pero me ahogo en esta soledad y mi única dicha es hablaros como al confidente más tierno, enseñándoos el fondo de mi alma.

»Si esto es una debilidad, amigo mio, como lo temo, no hagais que me arrepienta de ella.

»Vuestra por siempre,

BLANCA CAROL.»

Roland dobló la carta, mientras se dibujaba en sus labios una sonrisa de compasión.

—¡Credulidad! — murmuraba — ¡ilusión! ¡Amarla yo! Vamos... ¡Ah! ¡Si fuese la otra, Margarita Souvray... ¡Qué mujer!...

Y repitió lo que había dicho al verla salir:

—En fin, esto está arreglado.

Margarita se dirigió á su casa con la idea fija de huir de París para sustraerse á la persecución de aquel miserable, cuyo recuerdo le espantaba. Pero, ¿á quien recurrir? ¿Cómo vivir?

Entonces fué cuando pensó de nuevo en la duquesa de Maillepré, de la que solo sa-

bía que durante la guerra se había retirado á su posesión del Berry, y que era ya su única esperanza.

Tomada su resolución, subió al triste cuarto en donde su hermana Luisa exhaló el último suspiro, recogió apresuradamente algunos recuerdos de su padre, de su hermana, de María Magdalena, de todos los que había amado, el poco dinero que le quedaba y salió aprovechando un instante en que la portera estaba ausente.

Subió en el primer coche que pasó, después de haberse asegurado de que no la vigilaba nadie, y se hizo conducir á la estación de Orleans.

A día siguiente llegó á Bourges, donde el nombre de la duquesa iba rodeado siempre que se preguntaba por ella de elogios y bendiciones.

Un coche que llevaba la dirección del palacio, la condujo hasta allí, dejándola en la puerta, que atravesó temblando, conociendo que iba á decidirse su destino. A medida que avanzaba aproximándose al imponente edificio que se extendía hasta el término de la gran avenida, el temor y la emoción iban en aumento hasta el punto de embargarle las fuerzas, obligándola á sentarse casi desfallecida en un banco en el momento en que Mr. Godet la vió desde la terraza.

Ya sabemos lo que sucedió después.

## VII

## Señorita de compañía.

Al día siguiente de su llegada á Maillepré, á las diez de la mañana, Margarita daba la última mano á su tocado en la habitación que se le había destinado en el piso principal. Con su sencillo vestido de luto parecía una obrera curiosa y casi elegante; bien es verdad que toda su distinción y sus gracias estaban en su persona y no en los afeites.

Había pasado la noche entregada por completo á sus meditaciones, y estaba dominada por un sentimiento de temor, sin atreverse á salir de su gabinete, mezclándose con los huéspedes de aquella casa, donde no era más que una extraña, censurándose la mentira á la que debió tan benévolo recibimiento.

La duquesa no le había pedido explicaciones de ningún género, ni le había exigido nada, limitándose, al serle presentada por Mr. Godet; á estrecharle las manos con visible emoción, retirándose inmediatamente á pretexto de una indisposición repentina, aunque leve.

Pero ya había dado sus órdenes, y ateniéndose á ellas, Susana Carol instaló á la supuesta María Magdalena en un gabinete inmediato al de Blanca, poniendo á su disposición cuanto una joven puede necesitar y enseñándole las costumbres de la casa.

Parecióle á Margarita que había sido trasportada á otro mundo, á un verdadero paraíso, si comparaba aquello con el infierno de que se había fugado. Apoyada en el balcón, respiraba con delicia; pero temía que se desvaneciese aquel bienestar, no exento de remordimientos.

Efectivamente; hubiera querido poder vivir siempre en aquella mansión, colocada en medio de una naturaleza grandiosa, tranquila y reposada, en la que el alma más combatida debía hallar la calma; pero se decía que todo aquello lo había conseguido gracias á una supercheria, lamentándose de no haber desengañado á aquel anciano que la confundió con otra, con aquella á quien se esperaba hacía tiempo y que no debía llegar nunca. Pero el temor de ser arrojada de aquel refugio, en donde podía, al fin, hallar su reposo, la había contenido, pensando al mismo tiempo que no causaba perjuicio á nadie haciéndose pasar por María Magdalena. Después de todo, ¿no suplicaba esta misma á la duquesa que hiciese por su amiga lo que hubiese de hacer por ella? ¿No le había ayudado la Providencia misma, representada por el excelente M. Godet?

Ella no había hecho más que abandonarse á su destino, como el bajel sin brújula y sin timón se entrega al viento y á las olas.

Ella era María Magdalena y seguiría siéndolo, no con la esperanza de obtener una fortuna que no ambicionaba, sino para poder vivir en paz, segura, desconocida y olvidada.

En estas reflexiones la sorprendió Susana Carol, que iba á rogarle de parte de la duquesa que se presentase á ella.

Margarita, sintiendo que su corazón latía apresuradamente, y conociendo que había llegado el momento decisivo, siguió á Susana.

Después de atravesar largos corredores de elevados techos, y en cuyas paredes desnudas se destacaban á trechos algunos cuadros antiguos, penetraron en un inmenso salón, iluminado por una viva claridad.

—Si la señorita se sirve entrar—dijo Susana, abriendo una puerta,—encontrará á la duquesa en su habitación.

Y desapareció.

Margarita se detuvo, contemplando los preciosos y ricos muebles de aquella suntuosa estancia, cuando oyó en la habitación próxima una voz que decía:

—¿Sois vos, María Magdalena?

—Sí, señora—balbuceó la joven.

—Entrad. ¿Qué esperais?

Avanzó algunos pasos y distinguió en un gabinete tan grande como la sala á la duquesa de Maillepré, sentada delante de una de esas admirables mesas del tiempo de Luis XV, que los ebanistas de nuestros tiempos se contentan con imitar.

La señora de Maillepré tenía la nobleza retratada en el rostro, pero de ordinario, su actitud era imponente. Cuando Margarita le fué presentada por M. Godet, la hija del coronel experimentó una impresión de respeto y casi de temor. Ahora, por el contra-

rio, se sentía atraída por la duquesa, cuyo semblante respiraba afectuosa compasión.

Menos turbada, pudo observar que los ojos de la señora de Maillepré se fijaban en un retrato colocado precisamente en frente de la mesa ante la cual estaba sentada, y le pedía gracia ó consejo. Aquel retrato era el de un hombre en todo el vigor de la vida, de aspecto aristocrático y en traje de cazador: el duque Juan de Maillepré.

La duquesa paseó varias veces sus miradas desde el retrato á la joven, y haciéndole una señal con la mano, le dijo con emocionada voz:

—Aquí, aquí, más cerca... ¿Qué tal os encontráis aquí, hija mía?

—Muy bien, señora, muy bien.

—Habeis tardado en venir. ¿Hace mucho tiempo que recibisteis mi carta?

—Bastante, señora.

—¿Por qué no habeis contestado?

—Me sorprendió... agradecía tanto interés... por mí, pero ignoraba la causa...

Vaciló algunos instantes y la duquesa la miró fijamente.

—¿Y después?—preguntó.

—Temía no ser digna...

—¿Por qué?

—En todas partes he sido considerada como una extraña... ¿Y qué soy para vos? Una extraña como para los demás.

La duquesa palideció. Margarita Souvray, la fingida María Magdalena había dicho esto con una tristeza profunda, desesperada.

La duquesa la miró más detenidamente,

leyendo en su gracioso rostro un desaliento sin límites, un sufrimiento punzante, todos los dolores de su juventud, y su piedad se aumentó por aquella desgracia de que se consideraba causante.

—Sin duda—dijo dulcificando cada vez más su voz—pero puedo tener motivos serios para ocuparme de vos, para conservaros aquí, para devolveros, si no una familia, cariño y hogar, poniéndoos al abrigo de las eventualidades del porvenir. ¿Lo deseais así?

—¡Oh! señora...

—Si yo os lo rogase, ¿consentiriais en vivir á mi lado?

—Eso sería demasiada ventura.

—¿Me tendríais algún cariño, alguna gratitud si yo os dijese: «esta casa es la vuestra, quiero que en ella seais dichosa, que encontréis en ella la paz, el reposo, la seguridad»?

Margarita Souvray juntó las manos, murmurando:

—Os daría mi vida por tanta bondad.

Y al decir esto, hizo ademán de arrodillarse.

La duquesa la detuvo, diciéndole mientras la acercaba hacia sí:

—Para aceptar tan resueltamente lo que os propongo, habeis debido sufrir mucho, ¿es verdad?

—Mucho, en efecto.

—Sin embargo, no os ha faltado nada.

—Me han faltado cariño y protección. El mundo es implacable con las abandonadas. No miremos hacia atrás, os lo suplico...

En realidad Margarita estaba en un suplicio.

Le repugnaba la senda que había tomado porque su alma leal rechazaba la mentira, pero una mentira conduce á otra, y después de aceptar el nombre que el viejo M. Godet le había dado, no podía retroceder.

Su corazón se rebelaba contra aquella farsa por la cual ocupaba el sitio de otra, usurpando también los beneficios y las bondades de que hubiera sido objeto en la hospitalaria morada. Quizás iba á descubrir su secreto, cuando la duquesa, al verla tan turbada, le dijo:

—Vamos, no os atormentéis. Aquí queremos vuestra dicha. Habéis conquistado á mi viejo amigo M. Godet, cosa que es un poco difícil, y conquistareis también á los demás sin duda alguna. Ahora para ponerlos al corriente de todo, os explicaré cómo entiendo nuestras relaciones. Tendréis aquí, pobre niña, una posición que trataré de dulcificar todo lo posible. Necesito una lectora, una señorita de compañía, en una palabra: ¿queréis servirme?

El rostro de Margarita se iluminó de pronto y la duquesa pudo leer en sus húmedos ojos una verdadera explosión de gratitud.

—¿Qué más podía yo desear?—murmuró.

—La tarea será fácil—continuó diciendo la señora de Maillepré.—Todo el mundo vive en paz á mi lado. La felicidad de los dueños nace, en gran parte, de la de sus servidores: tal es mi opinión. Tendréis siempre

vuestra habitación cerca de las mías. ¿Os gusta la vuestra?

—Seguramente.

—Hablemos de vuestro salario. Os daré mil quinientos francos para empezar. Si es poco, ya veremos....

—Es demasiado, señora.

—No seáis tan modesta. Para lo relativo á vuestro ajuar, os entenderéis con Susana, que tiene mis instrucciones, y os dará cuanto queráis. Gozaréis de toda libertad... Bien entendido que comeréis en mi mesa... Os prevengo que tengo un carácter tenaz; así es que me ocupo poco ó nada de las gentes ni de sus etiquetas. No tendréis que recibir órdenes de nadie mas que de mí, solamente de mí. Respecto del mundo, haced lo que yo; no os ocupéis de él. Yo, casi he roto con él desde hace tiempo; desde la muerte de mi marido. Es aquel—dijo, señalando al retrato.—Miradlo bien... Se llamaba Juan; era el mejor y el más noble de los hombres... Y, basta por hoy—dijo, después de un suspiro.—Poco á poco iré poniéndoos al corriente de lo que debais saber.

—Desde luego—añadió de pronto, como recordando algo que se le olvidaba—he de hablaros de una cosa... Podeis prestarme un gran servicio.

—¿Yo, señora?

—Sí. Tengo otra protegida, una niña que está á mi lado desde la infancia... ¿Qué queréis?... no he tenido hijos y siento una necesidad de amar á alguien... Esta joven se llama Blanca Carol, hija de una mujer que